8191

EL TEATRO
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL PAÑUELO DE MANILA

ZARZUELA EN UN ACTO, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

MANUEL CUARTERO

MÚSICA DEL MAESTRO

RAFAEL TABOADA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullon)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.º
1884

29

EL PAÑUELO DE MANILA

ZARZUELA EN UN ACTO, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

MANUEL CUARTERO

MÚSICA DEL MAESTRO

RAFAEL TABOADA

Estrenada con extraordinario aplauso en el Teatro y Circo del Príncipe Alfonso la noche del 3 de Julio de 1884.

MADRID: 1884
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

PERSONAJES.	ACTORES.
CARMEN.	Srta. Doña María Montes.
DON ROBUSTIANO . .	Sr. Don Roque Villareal.
MANUEL.	» Félix Berros.

La accion en Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico Dramática titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SR.

D. FEDERICO DE SAWA,

en testimonio de la consideracion y respeto que le merece, le dedica esta obra

El Autor.

609361

ACTO ÚNICO.

Sala pobremente amueblada: una mesa á la derecha: puertas laterales y en el foro.

ESCENA PRIMERA.

CARMEN.—MANUEL.

MAN. Estamos lucidos, Cármen.

CARM. Pues qué ocurre?

MAN. Que nuestro sino es la fatalidad: ya sabes que trabajando noche y dia en ese libro que me encargaron, no he podido hacer ninguna gestion para conseguir mi rehabilitacion en el destino que antes desempeñaba.

CARM. Y bien...

MAN. Que ahora resulta que el librero no quiere la obra.

CARM. No te apures; quizá otro editor se avenga á tomarla, aunque sea por ménos precio.

MAN. Inútil tentativa: he recorrido todo Madrid y nadie la quiere.

CARM. Qué le hemos de hacer? Paciencia, no desesperes por eso.

MAN. Y cómo no, si hemos agotado todos los recursos?

CARM. Todavía no has recibido contestacion á la carta que dirigiste á tu tio; quizás se compadezca de

tí y nos saque del ahogo en que nos vemos.

MAN. Te equivocas: mi tio, que ignora nuestro matrimonio, sólo me perdonará el haberme dedicado á la literatura si accedo á casarme con la mujer que él designe.

CARM. Y qué mujer es esa?

MAN. No sé; antes de partir para Andalucía se empeñó en casarme con un maldito vejestorio á quien conoció en una novena. Mi señor tio es maniático en extremo: aquella temporada le dió por no salir de la iglesia, por componer sermones y por llevar el pendon en la minerva de San Márcos.—«Sobrino, me dijo un dia presentándome á la vieja: esta es la esposa que te destino; ella te enseñará el camino...»—Del infierno, dije yo. A la santurrona le dió un patatús; mi tio me llamó hereje, y á los pocos dias partió para Sevilla, dejándome sin un cuarto y prometiendo desheredarme si á su vuelta no habia contraido matrimonio con tan mansísima oveja de la cristiandad.

CARM. Pues qué, eres carnero?

MAN. Eso dije yo; pero lo cierto es que mi tio no transigirá, y esta situacion es insostenible.

CARM. Quién sabe, hombre; me voy á preparar la mesa para que almorcemos; no te preocupes por nada, que si hoy estamos mal, quién sabe lo que nos reservará el destino en adelante.

MAN. Nada bueno presiento.

CARM. El hombre debe perder todo, ménos la esperanza.

ESCENA II.

MANUEL.

Qué triste suerte la mia!
Nadie mi dolor respeta,
pues el mundo entero, hoy dia,
ve tan sólo la alegría
en la frente del poeta.
Y dejo al mundo que ria

ante mi frente serena,
pues mucho peor seria
que hasta en mi propia alegría
me adivinasen la pena.

ESCENA III.

DICHO.—CARMEN.

CARM. El almuerzo.
MAN. Santa palabra.
CARM. Sabes que la portera me acaba de entregar esta carta?
MAN. Letra de mi tio!
CARM. Lo ves, hombre: la Providencia no nos abandona.
MAN. No creo que contenga buenas noticias.
CARM. Quién sabe!
MAN. Pues ahora mismo vamos á salir de dudas: «Sobrino...» Lo ves, sobrino á secas.
CARM. Continúa.
MAN. «Sobrino: has hecho bien no casarte con la mansa oveja que yo te destinaba; en mi viaje por Andalucía he cambiado de modo de pensar. A mí me gustan las mujeres de temple, como lo son casi todas las andaluzas, y por lo tanto deseo que te cases con una que beba manzanilla, que por un quítame allá esas pajas sea capaz de armar una bronca al lucero matutino y que tenga la sangre torera.» A mi tio le ha entrado ahora la manía por lo andaluz.
CARM. Sigue.
MAN. «Yo me pongo ahora mismo en camino para ver si accedes á mi capricho y traerte á Sevilla, para que te cases con una moza de buten; de lo contrario no cuentes con tu tio Robustiano.» Esto ya no se puede sufrir! Mi señor tio se empeña en que tengo que vivir sujeto á sus manías. Y lo peor es que va á venir de un momento á otro, y si nos encuentra casados...
CARM. No hay necesidad de que lo sepa.
MAN. Qué piensas hacer?

CARM. Vamos al comedor, y allí, despues de almorzar, prepararemos un plan de ataque para curar al tio de sus manías.

MAN. Tienes razon.

ESCENA IV.

DON ROBUSTIANO. Sale vestido con chaqueta corta, faja y sombrero ancho, llevando dos botellas de manzanilla.

MUSICA.

ROB. Aunque en Pinto yo nací,
al llevarme á bautizar
vino el agua de Sevilla
por encargo de papá.
Aunque los cincuenta abriles
hace tiempo que cumplí,
soy flamenco, sandunguero
y ligero bailarin.
Tra-lará etc. (Baila.)

Cuando el hombre llega á gallo
las muchachas tras él van,
pues los pollos no comprenden
la aguja de marear.
Pero yo, que no soy tonto,
adivino la intencion,
y quedarme no consiento
como el gallo de Morón.

Miren si salado
soy yo por demás,
que pago cien duros
de impuesto de sal.
Tra-lará, etc. (Baila.)

HABLADO.

Aquí tienen ustedes al tipo más flamenco de España! No lo crean ustedes; yo soy de Pinto...

Pero soy amigo del toreo sevillano, de las mozas sevillanas, de la manzanilla, del cante flamenco! Pero calla, aquí no hay nadie; por dónde andará mi sobrino? Qué ganas tengo de verle para llevármele á Sevilla y casarle con la moza de más rumbo que pasce por allí. Y con quién le casaré? Con la chata? No, porque los chavalillos podrian salir chatos tambien, y los flamencos necesitamos tener la nariz muy larga para oler donde se guisa. Bé! Ah! Le casaré con la aguardentera... No, porque daria mucho aguardiente á los chavales y tendrian la voz muy bronca; así es, que cuando dijesen: agüelo! me pareceria que me llamaban del fondo de una tinaja. Vamos, le casaré con la vizca. Esa sí que es una buena moza, y cuando canta pone los ojos en blanco, de manera que no se la conoce el susodicho defecto. Pero y si los chavalillos salen vizcos y no saben poner los ojos en blanco como su madre? Nada, lo mejor será que él escoja la que quiera. Lo que yo deseo es tener un par de chinorreles para encargarme de su educacion literario flamenca; les enseñaré á hacer novillos; y tirarle piedras al maestro, les llevaré á los toros, les convidaré á manzanilla, y se me caerá la baba cuando las mozas de salero digan: Qué chavales! Son tan barbianes como su tio! Bé!

ESCENA V.

DICHO.—MANUEL.

MAN. Querido tio, cuánto me alegro ver á usted por aquí!

ROB. Aprieta, hombre, aprieta.

MAN. Pero, qué veo? Qué disfraz es ese?

ROB. Qué disfraz?

MAN. Esa chaqueta, esa faja y ese sombrero ancho.

ROB. Este es el traje que usamos las personas de viso. Bé!

MAN. Pero si usted no es flamenco.

ROB. Que no soy flamenco, y llevo siempre dos botellas de manzanilla?

MAN. Pero tio...

ROB. Además, mira si soy flamenco.
(Cantando.) Ay! ay! ay!

MAN. Voy á que le hagan á usted una taza de té.

ROB. Para qué?

MAN. Como se queja usted...

ROB. Si es que canto.

MAN. Pues cualquiera diria que está usted malo.

ROB. Tú qué sabes de esto.

MAN. Tiene usted razon.

ROB. El canto flamenco es un canto muy hondo que no pueden comprenderlo más que los verdaderos artistas; por eso no pueden cantarlo los del Teatro Real; porque esos, como todo lo dicen en latin, no tienen gracia para interpretar el divino cante, creado por la naturaleza sin necesidad de ningun maestro de música! Por eso yo me entusiasmo al oir las sevillanas. Aplaudo si cantan malagueñas! Pateo si oigo peteneras! Y me quito la ropa cuando cantan. (Cantando, bailando y quitándose la chaqueta.)

Abreme la puerta,
qué puerta tan dura...

Bé! Esto es arte, sobrino, lo demás son pamplinas.

MAN. Tio, que se está usted desnudando.

ROB. Pero lo que más me gusta es el jarabe.

MAN. Pues precisamente hay una botica cerca y se lo traeré á usted del mejor.

ROB. Si el jarabe que á mí me gusta es un canto andaluz.

MAN. Ya!

ROB. Tú verás cuando te lleve á Sevilla cómo te entusiasmas al oir el cante.

MAN. Pero tio...

ROB. *No hay tio páseme usté el rio;* tú te vienes á Sevilla conmigo, y allí te has de casar con una flamenca.

MAN. Corriente. (Aparte.) Ya verás la que te espera.

ROB. Con que accedes?
MAN. Qué he de hacer?
ROB. Dáme un abrazo. (Aparte.) Gracias á Dios que al fin una vez me salgo con la mia.

ESCENA VI.

DICHOS.—CARMEN.

CARM. (Vestida de andaluza.) Esta debe ser la casa.
ROB. Valiente moza! Bé! Debe ser andaluza, viene bien faldá y trae pañuelo de Manila. Este es el requisito indispensable.

MUSICA.

CARM. Buenas tardes, caballeros.
ROB. Es barbiana la mujer.
CARM. (Por su traje y por su facha
este el tio debe ser.)
MAN. (Si la trama se descubre
se va armar aquí un belen.)
CARM. (Engañarle nos conviene
por que suelte su parné.)
ROB. Al mirar ese perfil,
y esos lábios de clavel,
y ese pié tan chiquitito
y ese garbo y ese aquel,
yo calculo que la chica
andaluza debe ser.
TODOS. Dice bien, dice bien,
que es barbiana la mujer.
CARM. (Me parece que podré
á este viejo marear
con mi garbo, con mi aquel,
con mi gracia y con mi sal.)
Diga usted, señor gilí,
si en el mundo pudo hallar
una moza de este porte
y este modo de mirar.
TODOS. Dice bien,
es verdad,

que es la moza
muy juncal.

ROB. Es muy linda la chavala;
con su modo de mirar,
cualquier santo pecaria
de la córte celestial.

CARM. Con mi ingénio y mi talento
el pobrete cederá,
que la astucia en las mujeres
es el arma principal.

MAN. Con su génio y su talento
el pobrete cederá,
que la astucia en las mujeres
es el arma principal.

TODOS. Es muy linda la chavala.
Con mi ingénio y mi talento.
Con su gracia y su talento, etc.

HABLADO.

CARM. (A Manuel.) Al fin le jecho los clisos encima, so charrán.

ROB. A mí?

CARM. Quién habla con osté, so peal?

ROB. Me llama peal! Qué gracia!

CARM. Hablo con este mosito, que me tié abrasá y requemá, y con faitigas de muerte por sus quereles.

MAN. Repara...

ROB. Un lio!... Esto me entusiasma!

CARM. Qué he de reparar? Que está este tio estafermo delantre, pues pa mí como si no.

MAN. Es que es mi tio.

CARM. Ya lo suponia.

ROB. Por qué?

CARM. Poique no hay más que verle la fila, pa saber al instante que es un tio.

ROB. Ojalá tuviera yo sobrinos tan guapos como usted.

CARM. Eso no pué ser.

ROB. Por qué?

CARM. Poique su sobrino es el hombre más desaborío de la tierra.

MAN. Pero...

CARM. Cállate ó te vuelvo la jeta del revés.

ROB. (Aparte.) Tiene sangre.

MAN. A mí?

CARM. No me subleves, hombre, poique ya estoy mu requemá.

MAN. Y yo más, de tanto oirte.

CARM. Sí?

MAN. Sí.

CARM. Pues toma.

ROB. (Se interpone entre los dos y recibe la bofetada.) Me ha deshecho una mandíbula! Be!

CARM. Osté dispense.

ROB. No, no hay de qué. Pero se puede saber la causa de esta disputa?

CARM. Poique éste...

MAN. Porque ésta...

CARM. Me faltó...

MAN. Me dijo...

ROB. A quién escucho?

MAN. A mí.

CARM. No, á mí.

ROB. Me parece que no oigo á ninguno. Hable uno solo.

CARM. Este pirandon me prometió amarrarse conmigo.

ROB. Cómo?

CARM. En matrimonio.

ROB. Bé!

CARM. Qué se habia osté figurao?

ROB. Nada.

CARM. Como dice osté. Bé!

ROB. Es que yo soy muy flamenco.

CARM. Ya! Pues el peal, despues de haberme dao palabra de matrimonio en el *Café del Vapor*, donde cantaba por seis pelas, se ha ido á enamoricar de una cursi hambrienta que hace chalecos.

MAN. Eso es mentira.

CARM. Chalecos! Y muy mal cosidos, por cierto. Ya vé osté, dejar á una artista lírica por una... chalequera; pero á los hombres, en guillándoseles el

pesqui, no hay más que dejarlos ó matarlos.

ROB. Tiene usted razon; pero mi sobrino es un caballero y cumplirá su palabra.

MAN. Tio!

ROB. No hay tio que valga; esta es la mujer que te destino, y ó te casas con ella ó te desheredo.

CARM. Gracias; osté me comprende.

ROB. Como que soy flamenco.

MAN. Puesto que usted se empeña...

ROB. Es más, lo mando. Y ahora, para hacer las paces, vamos á tomar unas cañas.

MAN. De pescar?

ROB. No, de manzanilla. (Bebe.)

CARM. Compare, y qué mal bebe osté.

ROB. Que bebo mal?

CARM. En mi tierra se bebe de otra manera.

ROB. De dónde es usted?

CARM. Vá á saberlo.

He nacido en Sevilla,
tierra de garbo,
y en el barrio torero
de San Bernardo,
que es donde habitan
todas las mozas barbis
de Andalucía.
A mí me bautizaron
en una juerga,
y dijeron:—Qué niña
tan reflamenca!
No hay en España
nenguna que aviyele
su sal y gracia.
Desde entonces me gusta
la manzanilla,
que un vinillo claro
que dá alegría.
Néctar divino
que para correr juergas
sólo Dios hizo.
Pero aquel que no quiera
perder el pesqui,
que sepa es muy preciso

cómo se bebe.
Oigame osté
si quiere de lo güeno
argo aprender.
Todo el que se las echa
de muy flamenco,
tira er vino á lo alto
cayendo adentro.
Y así se alegra
el néctar de los dioses
que hay en mi tierra.
Es su aroma más suave
que de claveles,
se olfatea el vinillo,
luego se bebe.
Dándole un beso
al revés de la caña...
(Besa el dorso de la caña, despues se la acerca á don Robustiano, éste la vá á besar, pero no le da tiempo porque la deja encima de la mesa.)
y ahí queda eso.
Conque tenga cuidiao,
tio Carpanta,
si quiere ser flamenco,
de mucha gracia.
Poique en Sevilla
es donde así se bebe
la manzanilla.
Yo soy mujer de rumbo
con cabos negros,
de pinreles chiquitos
y airoso cuerpo.
Muy bien plantá
porque así son las mozas
é caliá.
Tengo la sangresita
yo muy torera,
y es que soy sevillana
de las más netas.
Ole, salero!
es mi tierra la pátria

de los toreros.
Quien no diga al mirarme
viva Sevilla!
yo le clavo al momento
las banderillas.
Dígalo osté.
No lo dice? (Amagándole.)
Torito!
(Haciendo como que le pone banderillas)
Se las clavé!

ROB. Y me las ha puesto á topa carnero.

CARM. Ya veo yo que no eres flamenco, chavocito.

ROB. (Y me tutea!) Por qué no soy flamenco?

CARM. Poique no sabes alegrar la caña.

ROB. Que no? Ahora lo verá usted. (Tira el vino.)

MAN. Tio, que me está usted manchando.

ROB. Mejor, con eso te alegrarás tú como la manzanilla.

CARM. Olé! Saleroso! Vaya un brindis.

ROB. Venga de ahí.

MUSICA.

CARM.
Así se bebe
la manzanilla
por los flamencos
que hay en Sevilla.
Brindando todo
mozo baril,
por la que adora
su garlochí.
Choquen las cañas,
choquen!
Suene el cristal.
Ay! qué alegría,
mare!
que á mí me dá
al ver en las copas
el vino brillar.

TODOS.
Choquen las cañas,
Choquen!

Suene el cristal.
Ay! Qué alegría
mare!
que á mí me dá
al ver en las copas
el vino brillar.

CARM. Cuando los mozos
que hay en Sevilla,
tienen achares
de su chiquilla,
matan las penas
del corazon,
con jerez seco,
ginebra ó rom.

Choquen las cañas.
Choquen!
Suene el cristal.
Ay! Qué alegría
mare!
que á mí me dá
al ver en las copas
el vino brillar.

TODOS. Choquen las cañas.
Choquen! etc.

HABLADO.

CARM. Ves como no eres flamenco?
ROB. Que no? Y soy de Pinto!
CARM. Ya se te conoce en la pinta.
ROB. (Contoneándose.) Verdad que sí?
CARM. Y se pué saber tu grasia?
ROB. Robustiano.
CARM. Josús! Si eso parece cosa de rebuzno.
ROB. Señora!
CARM. No pongas esa cara, chavó. Qué, no dices, be?

ROB. He perdido la costumbre.

CARM. Desde cuándo?

ROB. Desde que me pusieron el primer par de banderillas.

CARM. Te escocieron, eh?

ROB. (Esta mujer me saca de quicio.)

CARM. No mermures, hombre, que ya te se pasará er picó cuando bailes un zapateao conmigo el dia de la boda.

ROB. Qué boda?

CARM. Cuál ha de ser? La de tu sobrino.

ROB. Con usted?

CARM. Cabal!

ROB. Me parece que no.

CARM. Poiqué?

ROB. Porque mi sobrino prefiere á la chalequera.

MAN. Quiere usted callar? Si á mí me gusta mucho esta chica.

CARM. Lo está osté viendo, pairino? Ya pué osté ir aflojando la mosca pa pagar la manzanilla que ha de derramarse aquel dia.

ROB. (No sé por qué me va cargando esta mujer.)

CARM. Conque, chavó, ya que hemos hecho las paces y sé que no me engañas, aprieta esos cinco.

MAN. Con mucho gusto.

ROB. Sobrino!

MAN. No es esta la mujer que usted me destina?

ROB. No.

CARM. Qué dice osté, tio Rebuzno?

ROB. Robustiano.

CARM. Igual da. O este chaval me lleva hoy mesmo á la calle de la Pasa, ó va haber aquí la gran bronca del siglo.

ROB. Bien, no se altere usted.

CARM. No, si yo soy lo más serena der mundo. Ay, ay, ay!

ROB. Qué, va usted á cantar?

CARM. Sí, señor; para que vea usted que estoy contenta.

ROB. Venga de ahí.

CARM. Qué quiere usted que cante?

ROB. Unas peteneras.

CARM. Pues allá van.

MÚSICA.

(La artista puede cantar con orquesta las que sean más apropósito.)

CARM. Ea, quede usted con Dios.

ROB. Se va usted?

CARM. Bé! (Vase.)

ESCENA VII.

DON ROBUSTIANO.—MANUEL.

ROB. Qué mujer! Va burlándose de mí.

MAN. No lo crea usted, tio.

ROB. De modo que tú la defiendes?

MAN. Y cómo no, si es muy graciosa y me voy á casar con ella?

ROB. No será mientras yo viva!

MAN. Pues hace poco, no decia usted que me desheredaba si no contraia matrimonio con la andaluza?

ROB. Es que ahora lo he reflexionado bien: antes me gustaba el género flamenco, pero desde que esa mujer entró aquí le he aborrecido.

MAN. De modo que ya no me caso?

ROB. Sí, señor; te casarás con la oveja de la cristiandad.

MAN. Volvemos á las andadas?

ROB. Y yo tiraré esta chaqueta, me pondré el leviton largo, llevaré el pendon en las procesiones, y en lugar de beber manzanilla comeré bizcochos de las Salesas.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—CARMEN.

CARM. Muy bien, señor Don Robustiano.

ROB. Otra vez por aquí la andaluza?

CARM. Yo no soy andaluza, sino madrileña, y esposa de su sobrino.

ROB. Pues lo ha fingido bien.

CARM. No lo crea usted; en España una moza de mi porte convence á cualquiera en llevando *un pañuelo de Manila.*

ROB. Es decir, que he sido burlado?

MAN. Tio!...

ROB. Pues de ningun modo accedo...

CARM. Señor don Robustiano. .

ROB. A que te separes de tu mujer.

CARM. Gracias.

MAN. Querido tio.

ROB. Y quien tan bien ha sabido burlarme, bien merece una recompensa; desde hoy viviremos todos juntos, nada os faltará á mi lado, y si Dios me depara un sobrinito, le enseñaré...

MAN. A ser flamenco?

ROB. A no tener aficion al género.

CARM.
Público, ya es de rigor
acudir á tu bondad;
dá un aplauso atronador,
y así cobrará el autor
más veces la propiedad.

MUSICA.

TODOS.
Choquen las cañas,
choquen!
Suene el cristal;
ay que alegría
madre!
á mí me dá
si ustedes ahora
un aplauso nos dan.

FIN.

NOTA.

A la buena interpretacion que ha tenido por parte de los artistas se debe el éxito de esta zarzuela.

La señorita Montes estuvo tan barbiana como siempre; Villareal hizo un tipo delicioso, y Berros desempeñó perfectamente su insignificante papel.

El público los colmó de aplausos llamándolos al palco escénico todas las noches que la obra se ha puesto en escena.

A todos doy las gracias, sin olvidar á mi amigo Pepe Cuesta, director de escena, que por su parte ha hecho todo lo posible para conseguir el éxito que se ha obtenido.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

En las librerías de *D. José Gaspar*, calle de la Montera, núm. 3; de los *Sres. Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon y Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4; *D. Saturnino Calleja*, Paz, núm. 7; *D. Eugenio Sobrino*, Santiago, núm. 1, y de *D. Miguel Guijarro*, Preciados, número 5.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL

Coimbra, *D. Antonio Duarte Areosa*.—Lisboa, *Juan Valle*.—Porto, *Joaquin Duarte de Mattos Sunior*.

FRANCIA

Librería de *Mr. E. Denné*.—15 Rue Monsigny, París.

ALEMANIA

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.